

Capítulo 44 - - Castigo - Una Guía Práctica sobre la Hechicería [Libros 1-4, actualización 3 de julio]

Sebastián

Día 4, Mes 12, Viernes, 15:45 horas

Al terminar la clase, el profesor Lacer se marchó de inmediato, sin molestarse en esperar a los pocos estudiantes que querían quedarse para hablar con él. “Tengo horas de oficina,” anunció mientras pasaba a su lado. “Úsenlas.”

Damian y Sebastián compartieron una mirada de preocupación angustiada, y ella tardó más de lo necesario en recoger sus cosas, intentando calmarse. Temiendo que su dilación aumentara su ira, siguió por el pasillo suavemente curvado hacia la oficina del profesor Lacer. Se sentía mal, no solo por forzar su Voluntad más allá de sus límites, sino también porque no conocía hasta qué punto podía estar enojado con ella. ‘Buscaré suplicar si es necesario. Pero solo si tengo que hacerlo,’ pensó. Por un momento consideró mentir con una verdad a medias que lo apaciguara, pero su mente estaba demasiado desordenada para pensar en las opciones y sus consecuencias.

Había sido un error tan tonto, y lamentaba haberlo empeorado intentando ocultarlo. Ser expulsada sería horrible, pero mientras pudiera mantener su magia y su vida, siempre encontraría la manera de volver a levantarse.

Se detuvo frente a la puerta, respirando profundamente unas cuantas veces para aclarar la visión en su ojo derecho. Presionó sus dedos temblorosos a los lados, enderezó la espalda y golpeó suavemente el marco de la puerta abierta.

“Adelante,” dijo Lacer, con la voz cortante. Estaba sentado en su escritorio, escribiendo una nota. Su ceño fruncido era lo bastante severo para tostar pan. “Cierren la puerta al entrar,” agregó sin levantarse la vista.

Lo hizo, deteniéndose unos pasos frente a su escritorio. No se atrevió a tomar asiento sin su permiso. Resistió la compulsión de inquietarse o estremecerse con cada punzada de dolor de

cabeza que atravesaba su cerebro como una daga de hielo.

“¿Sabes que sin mí, no estarías estudiando aquí?” preguntó.

Su corazón se apretó. “Y—” Su voz se quebró, y tuvo que tragar antes de responder. “Sí.”

“Y sabes que si no te satisfago, puedo hacer que te expulsen antes de que termine el día?”

“Sí.”

“¿Crees que hay alguien en esta universidad cuya opinión sea más importante que la mía?”

“No,” dijo ella. ‘Por eso nunca podrás saber qué he estado haciendo,’ pensó.

“También sabes que, debido a las circunstancias especiales de tu ingreso, tu rendimiento refleja también a mí? Si fallas o actúas de modo inapropiado, mi juicio será puesto en duda. Honestamente, ahora mismo estoy cuestionando el mío propio.”

Sebastián reprimió un estremecimiento. “Sí.”

El la miró fijamente, hasta que ella se preguntó si debía decir algo más, la intensidad en su mirada casi un peso físico sobre ella.

No podía decir la verdad, pero tenía miedo de mentir, así que el silencio fue su único refugio.

Finalmente, dijo: “¿El señor Westbay te pidió que le perdieras?”

Sebastián parpadeó dos veces. “No,” respondió, con un tono lo más neutral posible.

“Entonces elegiste complacerle. No sé si eso mejora o empeora las cosas. Pensé que tendrías más orgullo que eso.”

Se quedó en silencio, lentamente dándose cuenta de que el profesor Lacer pensaba que ella había entregado la partida a Damien porque él era de los Westbay, y que quizás tenía miedo de vencerlo abiertamente, o que intentaba agradarle haciendo que Damien pareciera mejor de lo que en realidad era.

¿El profesor Lacer no ha percibido las señales de tensión en su voluntario? Tal vez simplemente nunca consideró que yo pudiera ser tan idiota. Ella se sintió aliviada. Era un motivo plausible que no tenía nada que ver con huir de los agentes, atacar a otro alumno o utilizar magia con sangre. Sin embargo, no podía admitir abiertamente su suposición, por si acaso él realmente tenía algún método de adivinación para descubrir mentiras. Incluyó la cabeza, sintiendo la vergüenza de ese sencillo movimiento con toda su intensidad. “No volverá a ocurrir,” prometió, pronunciando cada palabra con firmeza.

—Que así sea. Por esta vez, te concedo mi perdón. Pero en adelante, si planeas complacer a otros a costa de tu orgullo, hazlo con mayor astucia. No voy a predicar sobre honor y caballerosidad,

pero por lo menos, evita que me avergüences. Siempre tendrás que comportarte pensando en mi reputación. Y a cambio de esta lección, obtendrás al menos cincuenta puntos de contribución en las exhibiciones de fin de curso —pausó, como si aguardara alguna protesta por su parte.

—Entiendo —respondió ella. En lugar de preocuparse por llamar la atención sobre la personalidad de Sebastien Siverling en las exhibiciones, su pensamiento inmediato fue preguntarse qué tan difícil sería conseguir cincuenta puntos siendo una alumna de primer curso. Con lo que conocía de los estándares del profesor Lacer, seguramente era una demanda sumamente difícil de alcanzar.

—Muy bien. Ahora, fuera —ordenó.

Ella obedeció sin dudarle, sintiendo un alivio casi embriagador. Un pequeño regaño y una tarea para redimirse. No hubo hechizos ofensivos, nada que la avergonzara públicamente, y lo más importante, ninguna expulsión. Parecía que ni siquiera había notado su tensión en la voluntad. —¿Podría ser que los rumores sobre el temperamento del profesor Lacer estén algo exagerados? —pensó, con ganas de reír.

Damien Westbay paseaba nerviosamente en el pasillo frente a la puerta, jugueteando con su cabello perfectamente peinado y su ropa sin una arruga. Se detuvo cuando la vio. “¿Qué dijo? Puedo hablar con—”

Su rostro se deslizó en una expresión de desconcierto. Ella lo agarró del brazo y siguió caminando. “No hablarás con él.”

—Lo siento, Sebastien, no es justo que seas tú quien termine metido en problemas por esto. Yo— —comenzó, pero se detuvo.

—Está bien. Estaba enojado, pero solo porque lo avergoncé con mi debilidad pública. Tengo que participar en las exhibiciones de fin de curso y ganar al menos cincuenta puntos de contribución. Eso es todo —sentenció, con una firmeza que buscaba convencer.

Westbay tropezó a su lado, inseguro aún de qué decir. “Oh. Bueno, eso... ¿es bueno?”

—Sí. Aunque dudo que vuelva el próximo semestre si no tengo éxito. —Susurró ella, con una incertidumbre marcada.

—¿Está tan enojado? Sebastien... quizás deberíamos simplemente explicar qué ocurrió —sugirió él con cierta reticencia—. Podríamos omitir los detalles de cómo me lastimé. No hay forma de que me expulsen, soy un Westbay, y quizás podamos convencerlo de no avisarle a mi padre—

—Todavía podría ser expulsada —replicó ella bruscamente—. ¿No puedes entender eso? No me preocupa tanto a ti, me preocupa a mí misma. Los demás no tenemos el lujo de recorrer caminos fáciles en la vida, Westbay. Todo tiene sus consecuencias.

Él permaneció en silencio un momento, caminando a su lado even cuando ella soltó su brazo. “Cambios de humor,” dijo finalmente, con tono calmante. “Debes ir a la enfermería, Sebastien. Ellos pueden ayudarte con la tensión en la voluntad.”

—No —contestó ella con firmeza—. La ira que siento es completamente legítima, pero el deseo de estrangular a ese niño terco y ajeno a todo la hace que considere seriamente aplastarlo contra una aula vacía.

La urgencia era lo suficientemente fuerte como para que tuviera que admitir, al menos a sí misma, que sus facultades de decisión estaban mermadas.

"Te arrastraré allí yo misma si es necesario. Esto no se trata de tus preferencias ni de querer parecer dura. Ni siquiera es por meterte en problemas. Se trata de tu seguridad, de tu bienestar. No permitiré que pongas en riesgo todo solo porque estés siendo obstinada. Tu juicio está alterado, así que, si hace falta, tomaré esta decisión por ti."

"¿De dónde has sacado tanto valor para actuar como si esto fuera asunto mío?" murmuró, apretando los dientes. Antes de que pudiera responder, levantó una mano hacia él. "Está bien, está bien, basta. No necesito ir a la enfermería. Tengo una amiga que puede ayudarme."

"¿En serio?" él la miró con escepticismo.

Ella frunció el ceño. "¿En serio? Voy allí ahora mismo. Puede que no lo hayas notado, pero tengo un cerebro que funciona, aunque ahora parezca que una vaca rabiosa me está pisoteando la cabeza. Sé que necesito curación."

La preocupación y la duda se disiparon de su rostro. "Bien," dijo, asintiendo con autoridad. "Si no te sientes mejor para el lunes, no vengas a clase."

Ella rodó los ojos y caminó más rápido, intentando adelantarse a él.

Él corrió un poco para alcanzarla, pero afortunadamente permaneció en silencio hasta llegar a los tubos de transporte de cristal en el lado sur de los acantilados blancos. La saludó con la mano cuando ella usó su ficha de estudiante para activar uno. "¡Que te mejores pronto! Y no regreses hasta que lo hagas."

Ella no le devolvió el saludo.

Para cuando llegó a la casa de Oliver, el dolor de cabeza la hacía sentir mareada.

Oliver la miró y preguntó: "¿Qué sucedió?"

"Esfuerzo por voluntad," respondió ella suavemente, porque sentía que hablar en voz alta o abrir demasiado la boca podría hacer que todo en su estómago se derramara sobre sus pulidos zapatos. "Mi profesor me pidió que lanzara hechizos en clase. No quiero arriesgarme a que los sanadores de la enfermería de la Universidad intervengan. ¿Crees que podría consultar... a quien sea que el Ciervo Verde suele usar?"

"Voy a llamar un carruaje," dijo, aunque en lugar de hacerlo él mismo, hizo señas a un sirviente, quien salió rápidamente hacia la calle. Oliver se dirigió a la cocina y regresó con una taza humeante de un líquido oscuro. "No guardo muchas pociones en casa. No me funcionan muy bien a

mí, así que... La cafeína debería aliviar tu dolor de cabeza."

Ella tomó la taza con gratitud, bebió lentamente.

"La próxima vez que ocurra algo así, quizás deberías considerar negarte a lanzar magia," dijo.

"¿La próxima vez?" gimió ella.

Oliver le regaló una sonrisa irónica, pero no pudo esconder su preocupación.

El sirviente asomó la cabeza por la puerta y dijo: "Tengo uno, señor."

Sebastián tomó la taza de café con ella al carruaje, que afortunadamente tenía amortiguadores para mitigar los golpes y sacudidas. Tras unos minutos sentada y bebiendo, se sintió lo suficientemente bien como para hablar, siempre que mantuviera los ojos cerrados. "¿Ha pasado algo desde que regresé a la Universidad? ¿Alguna novedad con los Morrow?" Mantuvo la voz baja para que nadie pudiera oírlo.

"No mucho. Ha habido algunos abusos, especialmente en los límites de nuestro territorio, pero hemos estado patrullando y hemos invertido mucho en mejorar el equipo y el número de nuestros enforcers, para que no parezcamos un objetivo tan fácil."

"Eso es bueno."

"También formamos una alianza con la Manada de la Pesadilla."

Abrió un ojo. "¿Quién?"

"Otra banda que no tiene amor por los Morrrows. Su líder quisiera encontrarse contigo. O, para ser más preciso, desea reunirse con la Reina Cuervo," dijo Oliver, levantando una media sonrisa que carecía de verdadera diversión.

Metió la mano en su bolsillo y sacó un papel doblado. Era otro cartel de wanted con una versión malvada de su rostro mirándolo desde debajo de un capucho. Solo que esta vez, el cartel decía: 'Alias: La Reina Cuervo. Práctica peligrosa de Magias Prohibidas. Flecha en la vista. Reportar cualquier información a las autoridades. Recompensa por información que conduzca a su captura: Quinientos escudos de oro.'

"¿Flecha en la vista?" susurró ella. Quinientos escudos de oro era más de lo que muchas familias pobres ganaban en un año. Parecía que la tomaban más en serio tras su reciente aparición. Incluso la persona más gruñona o leal podría sentirse tentada por una recompensa tan grande.

Oliver dobló el papel y lo volvió a meter en su bolsillo. "Te dejaré considerar la reunión cuando estés más lúcida. Habrá incentivos."

"Tendré que hacer algo para pagar al sanador," musitó ella. "Pretender ser la Reina Cuervo no debería ser más difícil que pretender ser un chico."

Hubo una pausa, y luego él dijo: “Parece que te ha ido peor que a nosotros. ¿Todo estará bien cuando regreses?”

“Eso espero,” suspiró ella. “La presión sigue aumentando, pero en cuanto mejore, podré manejarlo. ¿Está bien que me reúna con este sanador como Sebastien?”

Oliver vaciló, luego dijo: “Bueno, te llevo allí como Oliver Dryden, no como líder de los Ciervos. El sanador Nidson es discreto, y hay una explicación sencilla para cómo un estudiante de la Universidad contrajo la Corriente de Will, aunque sea extraño que no te quedarás para ser tratada allí.”

“Necesitamos encontrar una forma más exhaustiva de mantener separados a Sebastien y Siobhan. No puedo ir cambiando de uno a otro a voluntad. Eventualmente, la persona equivocada notará algo.”

“Tengo algunas ideas sobre eso. Hablaremos de ello cuando estés mejor.”

El sanador contratado por el Verdant Stag era directo pero competente, del tipo cuya mirada no se ampliaría de sorpresa incluso si Oliver llevase ante sus ojos a Myrddin en persona, resucitado, en su hogar. Nidson le dio a Sebastien una rápida serie de pociones que calmaron el dolor y ralentizaron sus pensamientos hasta parecer que su mente estaba cubierta de melaza fría. Luego la obligó a tragar de un gran cuenco lleno de lo que sabía a una versión modificada de un brebaje nutritivo, hasta que su estómago se movía con cada movimiento. La acostó sobre una mesa de pizarra con un Círculo esculpido en ella y dibujó un arreglo de conjuros alrededor de su forma tendida.

Se quedó dormida, abriendo los ojos un tiempo después para ver a Nidson realizando un hechizo de sanación con varios componentes exóticos, algunos de los cuales reconoció, y otros de los que solo pudo especular.

Se despertó nuevamente en un carruaje con suspensión deficiente, cada bache del camino adoquinado estremeciéndola. Se apoyó contra Oliver, con la cabeza en su hombro, envuelta en una manta. Él presionó una mano contra su cabello, evitando que se sentara. “Necesito que te transformes en Siobhan. ¿Puedes hacerlo?”

Ella presionó el amuleto contra su pecho y lo impulsó con un pequeño pulso de Voluntad. La punzada de dolor que esto causó fue tenue y distante.

—Duerme—, dijo Oliver—. Te sentirás mejor cuando despiertes.

Siobhan sí se sentía mejor al despertar, salvo por la sensación de desorientación y la horrible presión en su vejiga. Estaba sola, pero reconoció la pequeña habitación austera y la puerta de barrotes de hierro.

Estaba en la casa de Liza, en la sección reservada y secreta de su hogar. Después de aliviarse usando el enchanted abate de Liza, Siobhan subió las escaleras.

Liza estaba sentada en el departamento de arriba, entre libros mágicos de consulta, jaulas de animales y plantas en crecimiento, bebiendo un líquido oscuro que desprendía un aroma a alcohol ardiente en las fosas nasales mezclado con la amargura terrosa del café. Ella acariciaba un pájaro de colores neón que trino melódicamente en su regazo. Sus ojos estaban enrojecidos, con círculos oscuros y hinchados debajo, y había atado su cabello rizado en un moño bajo para disfrazar en parte su frizz sin lavar. —Estás despierta.—

—Me siento mucho mejor—, dijo Siobhan. Seguía con un leve dolor de cabeza, pero nada comparado con los dolores en forma de cabos de clavos que parecían querer partirlle el cráneo, y podía ver con normalidad con ambos ojos.

Liza gruñó con la boca llena de café con alcohol. —Tienes suerte de que no haya daños permanentes.—

Siobhan asintió con una mueca de dolor. —¿Qué hora es?—

—Alrededor de las cinco de la mañana. Es lunes.—

Los ojos de Siobhan se ampliaron. Lo que ese sanador le hubiera dado debía ser un tranquilizante de potencia extra. Incluso tal vez había ralentizado algunas funciones de su cuerpo. —O... Liza se quedó despierta cuidando de mí y lanzando hechizos para vaciar mi vejiga e intestinos mientras dormía.— La idea le hizo enrojecer las mejillas. Tosió y apartó la vista. —¿Oliver me trajo aquí para que pudiera dormir durante los intentos de adivinación?—

—Sí. Y han sido varios. La policía está más interesada en ti de lo que esperaba, niña.—

Siobhan se frotó la frente. —Lamentablemente. Gracias por cuidarme.—

Liza agitó una mano cansada. —No es la primera vez que cuido a un inválido. Al menos estabas tranquila y en silencio. Mientras esto no vuelva a suceder, puedes ser perdonada. Me preocupa más que la solución que encontramos ya muestra signos de ser insuficiente. ¿Las tentativas de adivinación te causaron una tensión que rozó en el límite?—

—Oh, no, eso fue algo diferente—.

La boca de Liza se tensó en una expresión de juicio. —Algo diferente—, repitió, con la mayor indiferencia. —Quizá deberías reflexionar sobre tus decisiones de vida.— Ella acomodó el pájaro bajo un brazo y lo introdujo en una de las jaulas dispersas por la habitación. —Vamos—, ordenó, entrando en la parte oficial de su casa a través de la puerta del armario anexa.

Preparó una segunda taza de café, observó a Siobhan y luego añadió un trago moderado de licor antes de entregárselo. —Bebe.—

Siobhan lo aceptó con torpeza. No era muy aficionada al alcohol, pero la cafeína era un salvavidas, y el ardor mentolado de lo que Liza había añadido le proporcionó un impulso de vitalidad, en lugar del efecto calmante y deprimente que recordaba de sus otros intentos por beber.

Liza la miró fijamente hasta que Siobhan se sintió incómoda. Se preguntó si en realidad no estaba bien que Oliver la hubiera traído allí. O quizás Liza solo trataba de calcular cuánto dinero podría extorsionar en su estado vulnerable. Finalmente, Liza habló. —Necesitas una solución más duradera a los intentos de adivinación si van a continuar así, y si tu estilo de vida sigue generando momentos en los que no puedas contrarrestarlos de manera segura o constante—.

“¿Una solución más definitiva, como recuperar mi sangre de la Colina de Harrow?”

“Harrow Hill cuenta con algunos de los mejores muros en Gilbratha. En teoría, podría intentar sortearlos, pero en la práctica, con solo nueve mil thaums bajo mi mando, tal curso de acción sería como un dragón atacando a un kraken del cielo—un acto de imprudencia que roza la locura. Cualquier error solo les daría más oportunidades para rastrearte. Si nuestra última transacción fue alguna indicación, también parece que no podías permitirte contratarme para tal proyecto. Sin embargo, hay soluciones más creativas que podrías emplear. No es necesario recuperar la sangre, siempre y cuando no puedan utilizarla para localizarte de manera realista.”

Los ojos de Siobhan se agrandaron, su atención atrapada por la mención de la capacidad de Liza. Esa era solo un par de miles por debajo del nivel en que uno podría comenzar a pensar en obtener la certificación como Archimago, aunque mucho más implicaba el reconocimiento como tal que simplemente la capacidad. Los ojos de Siobhan se estrecharon. “¿Cuántos años tienes?”

Liza rodó sus ojos. “Bueno, acabas de meter la pata sin pensarlo, ¿verdad?” preguntó, aunque no parecía realmente ofendida. “Tengo sesenta años.” Estaba casi tan vieja como el profesor Lacer. Por supuesto, ninguna de ellas parecía una persona común de esa edad, con toda la magia que lanzaban manteniéndolas jóvenes. Liza parecía tener unos treinta. “Por mi avanzada edad y mi experiencia particular, considero que tengo conocimientos valiosos para dar consejos sobre esto. Participé en la Guerra de la Niebla, y sé de primera mano que siempre existe una laguna en cualquier muro o sistema defensivo que se pueda explotar. Si no hay laguna, se puede crear una. A menudo, esta debilidad radica en errores humanos y en la pereza, no en las defensas externas. Investiga un poco. La necesidad es la madre de la invención, como dicen. O bien, puedes contratarme para encontrar una solución más definitiva, por una pequeña suma de ochocientos coronas de oro.”

Siobhan sorbió su café con un toque de menta. “¿Tienes alguna idea en particular?”

Liza la miró con expresión seria, aparentemente no lo suficiente cansada como para caer en la trampa de revelar información valiosa. “Si te sientes mejor, puedes irte.”

Siobhan dudó, considerando si debería ofrecer pagarle a Liza por la atención y alojamiento mientras estuvo inconsciente. Luego, se reprendió mentalmente. Si podía conseguir algo gratis de esa mujer, debería irse antes de que Liza superara su insomnio.

El sol todavía faltaban unas horas para salir, y las calles estaban vacías, cubiertas por una capa de nieve intacta. Se ajustó el manto con más firmeza y sintió el retumbo enfadado de su estómago vacío. Volver a la forma de Sebastien en un callejón desierto parecía lo más seguro, aunque probablemente podría haberse transformado en medio de la calle sin ser vista. Seguía vistiendo las mismas ropas con las que había salido de la Universidad unos días antes. Con suerte, Liza no había

pensado que eso fuera extraño. Después de todo, las mujeres también usaban pantalones, y aunque no le quedaban muy bien, ninguna persona normal llegaría a conclusiones erróneas rápidamente.

Cuando Sebastien regresó a la Universidad, tomó un cambio de ropa y fue directo a las duchas, disfrutando del agua cálida y la soledad.

Volvió a dormir en su cama cuando el resto de su dormitorio finalmente se despertó. Al despertarse con los sonidos de la preparación matutina, se dio cuenta de que no había hecho ninguna tarea durante el fin de semana. Se frotó las sienes, respiró profundo, y se manoseó con el frasco que contenía la poción contra la ansiedad, bebió una media dosis. «Necesitaba descansar. Que me falte un fin de semana de tareas no bajará tanto mi nota como para que reprobara. Probablemente.»

Westbay, quien justo se estaba vistiendo al salir, le dirigió una mirada de interrogante.

Ella levantó una ceja hacia él, y él asintió y sonrió como si le hubiera dedicado un reconfortante, “¡Muy buenos días, amigo!” Tras un resoplido, la dejó peinándose ese montón de veces, sabiendo que seguiría hasta doblegar cada hebra de su cabello con su voluntad férrea.

Reflexionaba sobre su situación mientras desayunaba el insípido jarabe matutino. Ahora que su mente había vuelto a la claridad, comprendía que había actuado de manera irracional. Tal vez era un residuo de la tensión original del Armazón del Voluntad, sumado al estrés persistente que no había podido escapar incluso antes de aquel.

Había centrado su atención en asuntos de poca importancia, descuidando el problema más grande de su vida. Este fin de semana pudo haberse convertido en un desastre si no fuera por la rápida intervención de Oliver. ‘¿Qué habría pasado si hubiese estado inconsciente e indefensa fuera de las defensas de Liza, y los policías hubieran escrutado para localizarme?’ Tembló ante esa idea. ‘¿Qué sucede cuando me escrutan mientras estoy en medio de un hechizo difícil, y la distracción hace que pierda la concentración, perdiendo el control de la magia?’

Se obligó a seguir comiendo pese a la repentina falta de apetito. Necesitaba toda su energía, y las opciones básicas de desayuno apenas alcanzaban para satisfacer las necesidades calóricas adicionales de un taumaturgo en activo.

‘Permitir que los policías retengan mi sangre es inaceptable. Debo encontrar la manera de detener sus intentos de escrutinio de una vez por todas, antes de que las diferentes presiones se acumulen y algo vital se rompa. O me atraparán, o perderé el control y cederé a la tensión de la Voluntad cuando intenten escrutarme en el peor momento, o alguien notará que Sebastien Siverling, aparentemente sin relación, está lanzando hechizos anti-divinación en los mismos momentos en que los policías buscan a Siobhan Naught. Quiero ayudar a los Stags, y necesito saldar mi deuda, y sería maravilloso no preocuparme por dormir más, pero debo salir de este agujero antes de que algo más suceda. Eliminar estos intentos de escrutinio facilitará toda mi existencia. Tengo que replantear mis prioridades por completo. ¡No puedo creer que haya sido tan complaciente, incluso creyendo que hacía lo mejor para estar preparado!’

Por encima de su camisa, apretó el medallón de protección que le regaló su abuelo, la fatiga y la vergüenza formando un molesto ardor en sus ojos. Parpadeó con rapidez, reconociendo sus limitaciones. ‘Aún me queda mucho camino por recorrer’, se admitió.

Sebastien se apresuró a terminar su tarea antes de que terminara el descanso del desayuno, abordando con la mayor calma posible sus dos primeras clases. Como ya era habitual cuando tenía un problema, acudió a la biblioteca en su período libre de la tarde antes de la Lección Práctica de Conjuros. Una fuente tan completa de información seguramente albergaría una solución entre sus estantes.

Estaba en el pasillo de cristal entre el edificio principal y la biblioteca cuando sonaron las sirenas, agudas y penetrantes, gritando un peligro que parecía provenir de otra dimensión.

Todos dejaron lo que hacían, algunos en pánico, queriendo moverse pero sin saber a dónde ir, otros con determinación, y unos cuantos mirando alrededor con confusión nerviosa.

“Es un Alterado,” escuchó Sebastien decir a alguien.

Entonces se dio cuenta de que se había quedado paralizada en cuanto escuchó el sonido, y se obligó a seguir caminando. Su cabeza giraba de un lado a otro, sus ojos muy abiertos mientras absorbía cada detalle, buscando alguna pista del peligro.

Una de las bibliotecarias abrió la puerta de la biblioteca, haciendo señas para que los estudiantes entraran. “¡Busquen refugio! El edificio tiene defensas y, si fuera necesario, podemos refugiarnos en los niveles inferiores reforzados.”

Sebastien se movió con rapidez máxima, su rostro sintiéndose como una máscara sin sangre. El llanto de las sirenas resonaba en sus oídos hasta que los sonidos se superpusieron y ahogaron todo lo demás, como la superficie de un lago en medio de una tormenta de lluvia.

Revisión #1

Creado 4 julio 2026 12:28:39 por Edward Elric

Actualizado 4 julio 2026 12:28:48 por Edward Elric